

FILMS DE AMOR

MIENTRAS QUEDA CORAZÓN...



Núm.
13

25
CTS.

Virginia Lee Corbin-Melbourne Mc Dowell



YOUNG, James

APARECE TODOS LOS JUEVES



FILMS DE AMOR

Núm. 13

Apariado 707 : BARCELONA : Telef. 958 G

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Mientras queda Corazón

(DRIVEN FROM HOME, 1917)

Novela cinematográfica, adaptación
de la obra de Cal Reid, creación de

Virginia Lee Corbin

.....
Exclusivas DIANA

Rosellón, 210

Barcelona

REPARTO

Maria Hillary	Virginia Lee Corbin
Jacobo Hillary	M. Mc Dowell
Señora Hillary	Margaret Seddon

ARGUMENTO DE DICHA PERSONA

Nueva York es quizá la ciudad que produce mayor contingente de nuevos ricos. Pero allá, lo mismo que en la vieja Europa, cuando la riqueza lograda a precio de amargas luchas, se quiere emplear en conseguir escalar las altas esferas de la aristocracia, entonces, el demasiado dinero, suele convertirse en fuente de infelicidades.

Una recia voluntad, arrojadora de obstáculos, habrá dado a Jacobo Hillary todo cuanto pidiera a la vida, todo, menos posición social. Más trabajo le estaba costando introducirse en eso que se llama "buena sociedad", que haber reunido unos cuantos millones de dólares, y tener crédito ilimitado y gran predicamento en el sector de la banca y el comercio.

Hillary vivía en un magnífico palacio, enclavado en una de las más importantes avenidas de la populosa urbe. Toda su familia constituía su esposa y una hija, a quienes

quería entrañablemente. Por ellas demostraba ese gran afán de encumbramiento; bien es verdad que ninguna de las dos mujeres participaba de ese deseo, considerándolo como cosa imprescindible para la vida... Sobre todo, la señora Hillary, que tenía la desgracia de verse inmovilizada en un sillón, desde hacía varios años, a causa de una parálisis incurable, pues ni la fortuna había desterrado su sencillez, su cautivadora modestia, ni la tenaz enfermedad había mermado su natural dulzura.

Maria Hillary, la hija, era una bellísima muchacha de dieciocho años, con estos dos valores que la hacían imán de codicias: el capital paterno y sus naturales encantos.

En el seno de aquel hogar, todo era dicha aparente, y lo hubiera sido real si el padre no padeciera demasiado a causa de aquella desmedida afición por figurar, que le acarrea bastantes disgustos. Otro de los motivos insospechados que amenazaba turbar la tranquilidad casera, era el carácter de la señorita Carolina, la desleal ama de gobierno, que alentaba el ambicioso proyecto de ser, en no lejana fecha, la segunda esposa de Jacobo Hillary.

A la sazón, el millonario, había puesto en ejecución un plan definitivo, franco, en el cual tenía gran confianza, para el logro de sus finales. Organizaba una gran fiesta, con

motivo de la presentación en sociedad de María, y había invitado a todo cuanto elemento había en Nueva York de sobresaliente y distinguido.

Pero la maniobra parecía estar condenada al fracaso, a juzgar por esta conversación de madre e hija:

—La mayoría de las invitaciones a la fiesta de mi presentación, han sido devueltas. Esto da pena y desaliento, mamá...

Pero la buena señora, que tenía y con razón una fe ciega en su esposo, a quien había visto triunfar siempre en toda empresa, dijo:

—No te preocupes, hija, que mi padre sabrá llenar nuestro salón con la que llamar "gente bien". De eso puedes estar completamente segura.

Mientras tanto, en su despacho, Hillary acababa de sufrir un rudo golpe, leyendo en un diario esta nota de sociedad:

"¡Pobre Jacobo Hillary! ¿De qué le sirven sus riquezas ni su morada suntuosa? Ya, hasta los "nadies" de nuestra empinagorotada sociedad, cluden prestar asistencia al debut de su hija María, al saber que los Wandercliff no dan beligerancia a este nuevo rico. Si Hillary no adquiere en compra, para su lindísimo retoño, un noble arruinado, no va a poder entrar en sociedad."

Púsose rojo de ira y estrujó el papel entre sus manos... Al minuto, tuvo que disimular

tan rabiosa actitud, viendo entrar a su hija en el despacho.

—Papáito—le dijo ésta, después de propinarle unos cuantos ruidosos besos—, siguen rehusándonos las invitaciones. Toda esa gentuza no piensa más que con el cerebro de los Wandercliff.

—Ya verán que he procedido cortésmente, por las buenas; pero ahora voy a usar mis infalibles métodos de triunfo...

—¿Qué harás, papá?

—Por lo pronto, voy a hablar por teléfono con mi secretario...

En efecto, provisto del aparato, segundos después, el señor Hillary expresábase así ante el receptor:

—¿Es Enrique? Oiga... Necesito que Wandercliff esté en mi despacho mañana a las diez... ¡Ni un minuto más tarde!

La persona que había recibido este encargo, el secretario de Hillary, Enrique Elliot, joven avispado y simpático, no sólo tenía la confianza de don Jacobo sino que poseía también secretos de María: dulces secretos que atesoraba en el corazón.

María, aunque sin venir a cuento, sin otro motivo que el afán de los enamorados de hallar siempre que pueden del ser amado, espetó a su padre, no bien éste hubo colgado el auricular:

—¿Verdad que es muy simpático Enrique Elliot?

No sé qué interés te inspira ese chico. Tus pensamientos sólo deben ir a jóvenes de alta categoría social...

—Sí, ya ves...—dijo, en tono burlón la muchacha—. Los jóvenes de alta categoría social, hablan con mis pensamientos lo mismo que ahora hacen, con nuestras invitaciones...

—¿Nos hacen el vacío? ¿Pues ya nos abrirán todas las puertas cuando te case con un conde... o acaso con un duque!

Se inquietó visiblemente María.

—¿Serías capaz de condenarme a un hombre a quien no amara? Si, papáto...

—¡Bah! También el amor se compra con dinero.

—Pero a ti fué el amor—replicó con viveza la muchacha—y no el dinero, lo que te unió a mamá.

Sonrió el padre y buscó en su mente una explicación adecuada. Habló en seguida:

—En los tiempos de mi mocedad imperaban otras ideas... Además, yo era pobre entonces...

Cuando María salió del despacho, un tanto descorazonada, por el giro que había tomado el anterior diálogo, tropezó en la puerta, con Carolina, quien, haciendo uso de sus mañas, escuchaba todas las conversaciones



— Nos devuelven las invitaciones.

detrás de las puertas, como las criadas tan discretas y curiosas...

La infiel, para no despertar sospechas, se apresuró a decir, al paso de María:

—Voy a entregar a su papá una nueva lista de invitados...

La joven corrió a la habitación de su madre, donde halló también al doctor Sullivan, que efectuaba la visita diaria.

El doctor Sullivan, antiguo médico, era al par un cordial amigo y consejero de la familia Hillary.

—Esto progresa, señora... estaba diciendo en el preciso instante de la irrupción de María en la alcoba—. Hasta su aspecto va siendo mejor cada día.

—¿De veras, doctor? ¡Qué alegría me da usted!—exclamó la muchacha, dando saltos de alborozo.

—En su tratamiento, doctor—terció la madre—nunca falta un poquitín de zalamería alentadora.

Cuando quedaron solas madre e hija, ésta dijo, sentándose en un cojín, a los pies de la autora de sus días:

—¿Sabes que papá tiene el magno proyecto de coronarme?

—¿Y qué es eso? No te entiendo, mía.

—Pues que quiera hacerme esposa de un duque, con barba hasta el pecho y una verdiera en un solo ojo! ¿Qué opinas tú?

—¿Y? Que sólo imagino a mi uena esposa del hombre bueno y honrado que él es su alma...

II

Federico Wandercliff tenía en el mundo social un dominio idéntico al que Jacobo Hillary tenía en el mundo financiero. Mucho debía considerar aquel a éste, cuando, a pesar del alto rango que ocupaba en la sociedad neoyorquina, acudió solícito y puntual a la llamada del hombre de negocios.

A las diez en punto penetraba en el despacho de Hillary que aguardábalo ya rodeado de su secretario Elliot y del abogado Jeffrey, su asesor jurídico, no menos rico en argucias que en ciencia legal...

Wandercliff no pudo disimular la extrañeza que le produjo ver a Hillary con aquel aparato de testigos, expresando, después del saludo de rúbrica:

Suponía que me había usted llamado para una conferencia privada.

—¿Lo dice usted por la presencia de mi abogado y de mi secretario?—respondió el financiero—. Pues es la cosa más natural, porque vamos a hablar de negocios.

—Siendo así, estoy a sus órdenes...

Hillary, con una sonrisita irónica, sacó de

la cartera el recorte de diario, donde se insertaba la para él mortificante nota de Sociedad, y se lo alargó a su visita, diciéndola:

—¡Usted y su camarilla social me han desairado! ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Y esto no se puede hacer conmigo! Seguramente que ha reído usted de buena gana con estas líneas, que esconden en el ánimo su bajeza y cobardía...

—De esto no hay que hacer el menor caso... Ya lo ha calificado usted bien de anónimo...

—A pesar de todo, usted y su esposa, van a aceptar nuestra invitación y a apadrinar la presentación social de mi hija.

Se alborotó el orgullo de Wandercliff, que enrojeció de rabia, como si acabase de recibir un agravio. Hizo un esfuerzo para dominarse y dijo, con tono de dignidad:

—Mi señora tiene plena autonomía para elegir nuestras relaciones, señor Hillary.

La cólera asomó ahora al rostro de éste, que expresó desabridamente:

—¿Sabe la señora Wandercliff que el capital de "Carreteros Unidos" es mío y que usted aspira a la presidencia de esa entidad?

La amenaza, aunque encubierta, estaba bien dirigida y produjo su efecto. Elliot y Jeffrey cruzaron una rápida y significativa mirada. El elegante señor Wandercliff, tras un minuto de reflexión, habló así:

—Cuento usted con nuestra presencia en la recepción de su hija, señor.

Hillary, exteriorizó la alegría que le produjo el triunfo de su diplomacia, diciendo:

—Le felicito por su gran sentido social, amigo mío.

En este momento, el astuto abogado, recordó que en casa de los Wandercliff hallábase pasando una temporada el conde Malevini, a quien se disputaban en todos los salones. Trazó, a este propósito, unas líneas en un papel, que puso disimuladamente ante los ojos de su jefe.

La visita tocaba a su fin, y ya en la puerta, Hillary, hizo a su encolpelado amigo esta última recomendación:

—No olvide que nuestra invitación se extiende también al huésped que tienen en casa, el conde Malevini...

Terminada la entrevista, Enrique Elliot, pasó a su despacho de la secretaría, donde, a los pocos instantes, recibía una sorpresa gratísima: la visita de su novia, la bellísima señorita Hillary, hija del patrón.

—¡Cómo se pondría papá—exclamó la joven, con un gracioso mohín—, si supiera que todo mi afán por traerle flores para su despacho no es más que un pretexto para verte...! ¡No quiero ni pensarlo!

Tras unos minutos fugaces de amorosa plática, María corrió al lado de su padre, a

quien interpelló de entrada, sin preparación alguna:

—¿Por qué no invitas a Enrique? ¡Hará un gran papel, pues es un bailarín maravilloso!

Replicó Hillary, bruscamente:

—También irá Elliot... ¡Claro que irá! Pero no como invitado, sino a tomar notas para los reporteros de sociedad.

María torció su lindo "morrillo" y comentó:

—Me parece que estás de mal humor, papá... ¿A qué te has venido sin desayunar? ¡Vamos, vamos corriendo!

Y cogiendo de la mano al opulento autor de sus días, lo arrastró tras ella a las habitaciones interiores.

III

Nunca hasta entonces se habían congregado en la morada de los Hillary tantas celebridades sociales. El salón presentaba un aspecto brillantísimo. Lo mejor de la alta sociedad neoyorquina habíase congregado allí, llevado naturalmente, merced a los buenos oficios de los esposos Wanderclyff.

María, radiante de belleza, de galas y joyas, era como el centro de la reunión. En su torno se agrupaba la juventud masculista, dócil al imán de sus encantos. El conde Male-

viní era uno, quizá el más asiduo de los adoradores de la muchacha, y el menos joven de todos. Representaba de treinta y cinco a cuarenta años, aunque en realidad tenía más. El aristócrata en cuestión era uno de esos nobles europeos cuyos castillos y propiedades lo dominan todo, menos sus deudas, y van a la América del Norte a comerciar con sus blasones, vendiéndolos con ellos mismos, a la primera rica heredera que se presente...

El conde, a quien la belleza de María le ha hecho casi tanta impresión como sus millones, ha empezado a asediarla en serio, consiguiendo sacarla del círculo de galanes y llevársela al jardín, donde busca la complicitad del aromático ambiente y de la discreta penumbra, para empezar a ganar terreno en la conquista. Pero Malevini, aquella noche, está poco feliz en sus ocurrencias:

—He leído mucho acerca de usted y de su distinguido padre—dice a María, mintiendo el cumplido con descaro.

La joven lanza una carcajada burlona, que no pudo contener, mientras expresa:

—De mí? ¡Si que es raro! De papá sé que han escrito mucho... ¡En las revistas financieras y en los anuarios comerciales!

Enrique Elliot, que asiste a la fiesta, por encargo del señor Hillary, sólo para anotar los nombres de los asistentes, no tiene ojos más que para su adorada María. Bastante le

molesta la corte que adivina en aquella asiduidad del conde, a quien quisiera fulminar de una mirada.

Elliot ignora la calidad del intruso que está monopolizando a su novia y se propone enterarse. Pero ello, se ha acercado a Carolina y le pregunta, como si se tratase de cumplir su labor informativa:

—¿Quién es ese extranjero que está con la señorita María?

Carolina, que odia a la hija de Hillary y, por reflejo, a Enrique, contesta desabridamente:

—No sé su nombre; pero, al menos, se ve que es un perfecto caballero...

El joven le vuelve la espalda y vase al jardín, donde se encuentra con María que acaba de deshacerse de Malevini.

—¡Gracias a Dios!—le dice—. Estaba muriéndome de ganas de poder cruzar la palabra contigo. Pero no te dejan sola ni un momento. Dices que todos los jóvenes se han enamorado de ti.

—Mejor—respondió ella—. Así se apreciará más mi amor a uno solo.

Un tierno y expresivo apretón de manos fué el agradecido comentario de Elliot a las palabras de su amada.

Entraron al salón y se confundieron con las múltiples parejas que bailaban.

Jacobo Hillary no cabía en sí de gozo; en

un rincón de la sala, departía amigablemente con el señor Wandercliff, a quien estaba diciéndole:

—Me place sobremancera que haya usted traído al conde Malevini. Es muy simpático... ¿No se ha fijado usted que parece demostrar interés por serle grato a mi hija?

Por otro lado, la señora Wandercliff, daba conversación a la esposa de Hillary, sentada como siempre, en su sillón de impedida. Preguntóle:

—¿Quién es ese chico tan apuesto que baila con su hija?

—Es Enrique Elliot, el secretario de mi marido. Su padre dirigía el Banco Plymouth cuando quebró. ¿No lo recuerda usted?

Cuando más animado era el diálogo entre Hillary y Wandercliff, fué interrumpido por un criado que le entregó una esquila al dueño de la casa. Tratábase de una misiva concebida en estos términos:

"Señor, el secretario está bailando con la señorita María.

Carolina."

Poca gracia, o, mejor dicho, ninguna, causó a Hillary la noticia. Casi dejando con la palabra en la boca a su interlocutor, se internó en la apretada concurrencia, y buscó a

Elliot, a quien sacó a la antesala para increparlo:

—¡Usted entre mis invitados! ¿Con permiso de quién? ¡Váyase y que yo no le vea más! ¡Queda usted despedido!

Teñió María, valerosamente:

—No seas injusto, papá... La culpa es sólo mía; yo le pedí que bailase conmigo...

Pero no valió de nada la intercesión filial; al revés: Hillary tenía sus planes acerca de María y comprendía que Enrique era un estorbo. Sin ninguna consideración, lo echó...

IV

Desoyendo la voluntad y torturando el corazón de María, su padre la preparaba lo que él creía ser un brillante enlace con el conde Malevini. Helo aquí, vis a vis, con el aristócrata, desarrollando los planes de boda; mientras la muchacha, que no está dispuesta a dejarse sacrificar, departe cariñosamente con Enrique en el jardín, a escondidas de los suyos. Estas entrevistas clandestinas son protegidas por Johnson, el viejo criado y jardinero, que ha visto nacer a María y tiene por ella una adoración sin límites.

—Dime la verdad, María. ¿Estás prometida al conde?— Hablaba Elliot, avaro de su dicha y temeroso de que se la arrebatara

Malevini en complicidad con el padre de la muchacha.

Esta, contestó:

—Así lo cree él; pero la realidad le demostrará bien pronto su error.

—Yo creo en tu amor, María, y en la firmeza de tu carácter, pero... ¿cómo vas a oponerte al designio del enérgico autor de tus días?

—Pobre Enrique... No se te ocurre nada: Yo tengo una solución rápida y eficaz... ¡Huyamos!

Se estremeció él de alborozo y aprobó:

—¡Magnífica idea! Cuando tú lo dispongas, en marcha...

En tanto fraguábase esta amorosa conspiración, allá dentro, en el despacho, se seguían ultimando los detalles del matrimonio que iba a quedar en proyecto.

—Ya verá usted, conde—decía Hillary—la fiesta nupcial que preparo. Será cosa digna de príncipes, que llamará la atención en Nueva York.

Lo alajó Malevini:

—¿Dónde está su hija? Me gustaría charlar un momento con ella...

—Enseguida la haré venir—y el señor Hillary oprimió el botón de un timbre.

Apareció Johnson.

—¡Que mi hija venga inmediatamente—ordenó el dueño de la casa.

Hizo mutis el criado, para regresar a los pocos minutos, diciendo:

—He buscado a la señorita María por todas partes... y no la he hallado, señor...

Y al decir esto mentía, pues demás sabía el viejo que la muchacha estaba en el jardín, arrullándose con el novio.

Al poco rato penetraba María en el despacho, donde el conde la recibió con exageradas reverencias, frases de un "cursi subido" y haciéndole ofrenda de un ramo de flores, mucho más cursi aún.

—María—dijo Hillary, con ademán de retirarse—, el conde Malevini tiene que decirte algo de gran interés. Con él te dejo.

—¡Ahora, no, por favor!—exclamó desprovista la joven—. Me está aguardando mamá para que le dé el remedio... Si... ya tendremos ocasión cualquier otro día...

Y huyó del despacho como del enemigo malo... En las escaleras tropezó con el bueno de Johnson, a quien entregó el ramo que acababa de darle su aspirante a marido.

—Toma, Johnson—le dijo—. ¡Estas flores para tu abuelo!

María corrió a refugiarse en los brazos de su madre, a quien preguntó:

—¿Verdad, madre querida, que sería una tiranía casarme con un hombre a quien no amo?

—Verdad, hija mía...

—¿Entonces tú apruebas cuanto yo haga a favor de mi felicidad?

—Sí, María... Nadie debe impedir que tú sigas los dictados de tu corazón.

Con esta actitud benévola de su madre, tuvo la joven más que suficiente para llevar adelante su proyecto.

Al día siguiente, por la tarde, en compañía de Enrique, con esa actividad propia de la vida norteamericana, evacuadas todas las diligencias oficiales, la pareja contraía matrimonio evangélico. Uno de los muchos pastores que en Nueva York hallanse siempre propicios, bendijo la unión...

En seguida el novel matrimonio decidió viajar a Cowey Island en su luna de miel. Cowey Island es un parque de diversiones infantiles, enclavado en la gran metrópoli. Y empezaron a divertirse como lo que eran: dos chiquillos que apenas empezaban a vivir...

Ya bien de madrugada, Elliot acompañó a María hasta casa de sus padres. Al despedirse, le dijo:

—Apenas descanse un rato, vendré a revelarle a tus padres la situación. Espera mi llamada telefónica...

Entró la joven en su vivienda, creída de que nadie advirtió la intempestiva llegada; pero se equivocó de medio a medio: la intri-

gante Carolina vió perfectamente la hora en que María se retiraba al hogar.

Bien temprano, se decidió a ir con el cuento al señor Hillary.

Le dijo:

—Usted no sabe una cosa que le importa mucho saber.

—¿Y qué es ello?

—Su hija salió ayer con Enrique Elliot, y ha regresado a las cinco de la mañana...

—¡Eso no puede ser cierto!—exclamó, casi congestionado por la cólera, el señor Hillary—. ¡Dígale a mi hija que venga inmediatamente!

Cuando se presentó María, el padre, se encaró con ella así:

—¿No te da rubor? ¡Si el conde se llega a enterar de tu vergonzosa conducta!

—¿Y qué me importa el conde?—replicó con valentía la joven—. Desde ayer soy la esposa de Enrique Elliot.

Hillary quedó anonadado.

—¡Mi hija casada con un pordiosero!—y después, añadió con extremada violencia:— ¡Vete con tu marido! ¡La miseria te hará pagar tu pecado de desobediencia!

Luego, sin apiadarse de los sollozos de María, que no esperaba ser objeto de aquella crueldad, la cogió del brazo y la arrojó violentamente de la casa, diciendo:

—¡Mientras seas la mujer de Enrique



— ¡Vete con tu marido!

Elliot, tendrás cerradas las puertas de mi casa!

En un pequeño departamento de un barrio obrero, los Elliot se sostenían animosamente, a pesar de que Enrique seguía sin empleo y de que sus fondos mermaban con sensible celeridad.

María, no tuvo más remedio que echar sobre sí las faenas de la casa, a las que, poco a poco, se iba acostumbrando. Pero, lo que más trabajo le costaba, era cocinar. Ni por casualidad le salía un guiso a su gusto...

—Me han engañado con este libro de cocina...—decía, compungida, a su esposo.

Enrique la consoló a besos.

Una mañana acababa María de "estropear" las viandas, cuando el cartero trajo una misiva para Enrique, cuya lectura los colmó de alegría. Se trataba de la contestación favorable a una solicitud de empleo, en unas minas, que Elliot tenía solicitado.

—Es el primer trabajo, gracias a Dios, desde que tu padre me puso de patitas en el arroyo...—y el joven, añadió, abrazando a su esposa:—Celebraremos el acontecimiento comiendo en "El Jardín Chino".

Dicho y hecho: la feliz pareja, después de ataviarse cumplidamente, se personó en el exótico restaurant propiedad de un tal Wu-Sing, personaje que inspiraba a la policía neoyorquina vivos recelos.

El matrimonio, después de atracarse de un modo opíparo, reposaba la digestión. Habló Enrique:

—¿Por qué no tocas el piano, María, ahora que no hay gente?

La joven no se hizo rogar y, sentándose ante el instrumento, empezó a preludiar una sonata, con arte y maestría insuperables.

Antes de que los esposos se ausentarán del establecimiento, se acercó a ellos el enigmático Wu-Sing, que dijo:

—Toca bien la señora. ¿No querría usted



—No puede usted entrar por ahora.

un empleo aquí, con cincuenta dólares por semana?

A lo que contestó con dignidad Enrique:

—Gracias por la oferta. Yo aprendí a que fuera el hombre quien ganase la vida de la familia...

Y la parejita se alejó comentando el incidente...

Entretanto, en el hogar de los Hallary, la tortura moral de no ver a su hija, originó un agravamiento en la dolencia de la pobre señora.

Aquel día, no pudo aguantarse más, y preguntó al doctor Sullivan:

—¿Es qué me van a dejar morir sin ver a María? ¿Por qué se me niega el consuelo de su cariño?

El doctor contestó emocionado:

—Yo prometo a usted que va a verla, enseguida.

Y el buen médico, fué al despacho, a decir a Hillary:

—Si le queda un poco de amor a su mujer, mande usted por María antes de que sea tarde ya...

Se impresionó vivamente el financiero. Llamó a Carolina y le confirió en encargo de que buscara a María y la restituyese al hogar.

—Dígale que la llama su madre—agregó Hillary, sin querer dar su brazo a torcer.

Lo haré como desea el señor—manifestó aquella arpía que, en su fuero interno, pensaba no dar un solo paso porque volviese la joven.

Precisamente, el mismo día, había dicho María a su esposo, cuando éste marchaba al trabajo:

—Estoy que no vivo de inquietud. Algo ocurre cuando mamá no contesta a mis cartas.

Fué el viejo Johnson quien, por su cuenta, decidióse a avisar a María del gran riesgo que corría su madre. Y, naturalmente, la jo-

ven, se apresuró a trasladarse junto a la enferma. Pero, al llegar a la mansión, la propia Carolina, le negó la entrada diciendo:

—¡No puede usted entrar ahora! ¡Dios sabe como la recibiría su papá!

—Pero mi madre está muy enferma y debo verla... ¡Tal vez mi ausencia aumente su dolor!

Es orden terminante del doctor... Nadie puede entrar en la habitación sin poner en peligro la vida de la señora Hillary.

La infeliz María, volvió sobre sus pasos, en el triste estado de ánimo que es de suponer...

Cuando el señor Hillary, preguntó a Carolina por el resultado de su gestión cerca de su hija, expresó la infame:

—Le dije que su madre está en trance de muerte y se niega a venir. Dice que usted la arrojó injustamente de la casa y que no volverá nunca.

¡PRONTO! ¡PRONTO!

La famosa obra que ha dado la vuelta triunfal al mundo entero

Don Quijote de la Mancha

VI

Cuando María regresó a su pequeño hogar, le esperaba allí un nuevo y terrible dolor. Enrique había sufrido un accidente en la mina, donde, heroicamente, expuso la vida por salvar la de sus compañeros.

Lo halló en el lecho, herido, rodeado del médico y del portero de la casa, que había subido, a falta de otra familia...

La muchacha, sobreponiéndose al desmayante efecto del primer instante, dió prueba de gran entereza. Informóse por el doctor de que la gravedad no era extrema y del tratamiento que tenía que aplicar a Enrique para una rápida curación.

Lo horrible era que no tenía dinero ni para comprar las medicinas recetadas por el médico; pero ella tuvo buen cuidado de ocultarlo al doliente. Bajó a la portería y demandó del portero un pequeño préstamo que éste le concedió en el acto. María dijo, casi llorando:

—Mañana mismo se lo devolveré... ¡Y no olvidaré nunca esta buena acción!



El chino siempre con su sonrisa enigmática...

Salió a la calle y, con gran decisión, dirigióse al restaurant chino.

—¿Me daría usted aún el empleo que una tarde me ofreció?— preguntó a Wu-Sing.

El chino, siempre con su sonrisa enigmática, condujo a María hasta una habitación interior, donde la muchacha, sin saber por qué, comenzó a revelar: le parecía aquella gente cosa siniestra, de la que todo podía temerse...

Lejos de allí, en el palacio de Hillary, el

doctor Sullivan, volvía con su petición al financiero:

— Si usted no quiere acelerar la muerte de mi esposa haga venir a María.

— ¡Pero si ella se ha negado! ¡Si le suplico la propia Carolina y no quiso escucharla!

El viejo Johnson, que por azar hallábase en el despacho y oía el diálogo, no pudo contenerse y contó al señor Hillary que María había estado en la casa, y que la propia Carolina fué quien no la dejó entrar.

La rabia del financiero no es para describirla. Tuvó que contenerlo el doctor Sullivan para que no castigase de obra a la infel servidora. No obstante, la arrojó en el acto, como a un perro, diciéndole:

— ¡Fuera de aquí, fuera! ¡No quiero serpientes en mi casa!

Acompañado del médico y del criado, el millonario se disponía a personarse en el domicilio de Elliot, cuando un sirviente le entregó una carta que acababan de traer. Decía así:

“Señor Hillary, cuando estas líneas lleguen a usted no existirá ya. Renuncio a la vida, convencido de que es preciso que yo muera para que abra usted a María su casa y su corazón.

Enrique Elliot.”



— ¡Fuera de aquí, fuera! ¡No quiero serpientes en mi casa!

—¡Corramos!—dijo Hillary—¡Quizás lleguemos a tiempo de evitar otra gran desgracia!

Maria tuvo suerte, por partida doble: gracias a la policía que se le ocurrió efectuar un registro en el "Jardín Chino", pudo salir de allí, abortando las intenciones que hacia ella tuviese Wu-Sing. Además, llegó a tiempo de quitar el revólver de las manos a su Enrique, que quería suprimirse por el bienestar de su esposa...

—¿Qué ibas a hacer, amor mío? ¿Querías que me matara el dolor de perderte? ¡Loco, más que loco...!—Y la pobre muchacha lo inundaba de lágrimas y de besos.

La escena fué interrumpida por Hillary y su séquito, y aun ganó en emoción. El millonario, humilde, decía:

—He sido injusto con vosotros. A los dos os he agraviado... ¡Perdonadme!

Tenia en sus brazos a Maria y estrechaba efusivamente la mano que, desde el lecho, le tendía Enrique. Fué entonces cuando el doctor Sullivan dijo al oído del viejo Johnson:

—Tiene la vanidad de que es hombre rígido... y es una malva. Basta con tocarle al corazón.

FIN

PROXIMO NUMERO

Cebo para hombres

Intrigante novela de creciente interés, estupenda creación de los artistas

Maria Prevost

y

Douglas Fairbanks (hijo)

Selección de FILMS DE AMOR

ha editado la producción novelada

La Tragedia del Payaso

genial interpretación de los artistas

Goesta Ekman

Karina Bell

y **Maurice de Feraudy**

Precio de la novela: 50 cts.

Coleccione usted siempre **FILMS DE AMOR**

que publica única y exclusivamente novelas sentimentales, altas comedias y dramas de pasión y de amor. Obscuro o de una anitica postal en cada novelita.

25 CÉNTIMOS VOLUMEN

- | | | |
|--------|-----------------------|-----------------|
| Núm. 1 | El marido de mi mujer | IRENE WILH |
| " 2 | Boda sin amor | MONTE BLUE |
| " 3 | Mujeres a la moderna | LAURA LA PLANTE |
| " 4 | La primera noche | BERT LYTEL |
| " 5 | ¡Cuidadito, solteras! | DOROTHY REVER |
| " 6 | El corazón de Salomé | ALMA RUBENS |
| " 7 | El Amor se impone | CHARLES MURRAY |
| " 8 | La Ciudad | NANCY NASH |

Lea cada jueves FILMS DE AMOR

Si no las encuentra en su localidad, pídalas hoy mismo a
BIBLIOTECA FILMS-Apartado 707-Barcelona
acompañando cinco céntimos para el certificado

Compre cada semana

la publicación que faltaba

La Chiquilla

(EL PRIMER SEMANARIO ILUSTRADO PARA NIÑAS)

Historietas : Aletuyas : Pasatiempos
Novelas cortas : Regalos
Páginas de labores



Profusión de grabados

CUATRO TINTAS

Solamente cuesta

10 céntimos

pero vale muchísimo más

DIGITA LOS PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES A
BIBLIOTECA FILMS, LA CHIQUILLA
Apartado Correos 707 - Barcelona